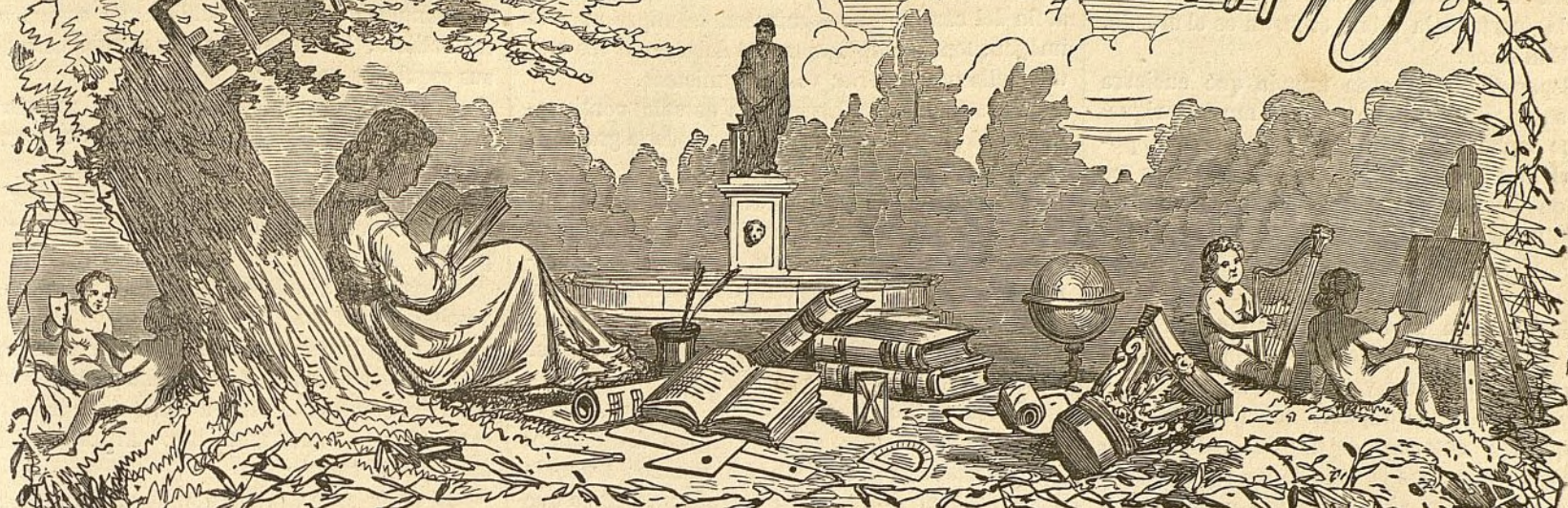


# EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III.

24 Junio 1866.

NÚM. 25.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes.  
—18 trimestre.—54 seis meses.—66 año.

### EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses, 24.—Seis, 42.—Año, 80.  
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-  
RICO. 6 pesos año.

AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

### POR COMISIONADO.

Tres meses, 28 rs.—Seis, 46.—Un año, 84.  
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO,  
RICO. 7 pesos.  
AMERICA Y ASIA. Un año, 9 á 14 pesos.

## REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

## ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 40, principal.  
VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º  
HABANA: D. Benito G. Tanago.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid,  
Valencia y la Habana.

### PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y adminis-  
tradores de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no  
se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rea-  
les uno.

## SUMARIO.

El Mundo (conclusion), por D. J. Selgas.—Isbel (poesia),  
por D. Evaristo Fombona.—La mano izquierda, por D. Ma-  
nuel Prieto y Prieto.—El Callao.—Tres fases (poesia), por don

Enrique de Villarroja.—Amor de padre, lo demás es aire, por  
D. Ventura Ruiz Aguilera.—Trovas (poesia), por D. Melchor  
de Palau.—Instruccion primaria. El maestro, por D. L. Ll.—  
El mundo nuevo. Cuadros á la aguada de costumbres semi-popu-

lares, por D. O. de Rato Hevia.—La compañía italiana en Ali-  
cante, por D. G. Flores.

Grabados. Bombardeo del Callao.—Puerta principal de  
Constantinopla.

## EL MUNDO.

(Conclusion.)

III.

La mariposa llega, la envuelve en una nube de  
círculos, roza sus labios, sus rizos, sus mejillas,  
sus párpados, golpea con sus alas las manos de la  
niña, y se escapa majestuosamente como si qui-  
siera decir: «estás fresca.»

¡Qué lástima! ¡qué desconsuelo! ¡qué rabia!

La mariposa va y vuelve, la niña vuelve y va.  
Las dos se buscan con nuevo encarnizamiento y  
las dos se encuentran.

Levanta la niña sus dos manos blancas, peque-  
ñas y sonrosadas como dos mosquetas, y la mari-  
posa pasa por entre las manos de la niña, como  
pudiera pasar por entre dos rosas.

Este sí que es el momento decisivo, el mo-  
mento supremo.

La niña junta sus manos, y la mariposa queda  
al fin entre las manos de la niña.

¡Qué alegría! ¡qué saltos! ¡qué risas! ¡qué feli-  
cidad!

Aquí está preso, cogido el objeto de tantos  
afanes.

No se atreve á separar los dedos, y los aprieta  
temerosa de que el tesoro se escape.

Diez cabezas mas ó menos rubias, pero todas  
movibles y risueñas, rodean con impaciente curio-  
sidad aquellas manos que han sabido coger tan co-  
diciada joya.

Diez cabezas de niñas, esto es, diez botones de  
rosas que se empiezan á abrir.

Van á ver los matizados colores de sus alas,  
van á tocar sus bordados de oro, van á examinar-  
la, á besarla, á poseerla.

Se toman serias precauciones para el caso de  
una fuga. Todas las manos se levantan escalonadas  
estratégicamente alrededor del prisionero, como  
centinelas colocados para hacer inútil cualquiera  
tentativa de evasion.

Cada una de aquellas manos está deseando que  
el preso se escape para que sea á ella á quien le  
toque detener al fugitivo.

Al fin la niña empieza á separar poco á poco  
sus manos fuertemente apretadas: la curiosidad se  
aumenta, la impaciencia crece y las precauciones  
se doblan: la curiosidad se pinta en todos los sem-  
blantes y la inquietud en todas las miradas.

Hay un momento de profundo silencio y de  
completa inmovilidad; ese silencio y ese reposo  
que preceden siempre á los grandes sucesos.

Al fin las manos de la niña se abren, una escl-  
macion general resuena en el corro; la curiosidad  
desaparece, las manos se bajan, las precauciones  
se abandonan.

La mariposa no es mariposa, aquellas alas no  
son alas, aquellos colores no son colores; la niña  
muestra en la suave palma de su menuda mano un  
gusanillo aplastado, un poco de polvo que apenas  
brilla á los rayos del sol; nada.

La curiosidad se convierte en descontento, la  
animacion en abandono, la alegría en tristeza.

—¡Qué chasco!

Hé ahí la vida, ese es el mundo.

Desengaño es una palabra sólida, pesada, gra-

ve, que cae á plomo sobre nuestro corazon y lo  
opprime con el peso de una montaña.

Desengaño es una voz seca y fria que se en-  
cuentra al fin de todos los placeres, de todas las  
satisfacciones, de todas las vanidades. Siempre  
que se nos acerca, nos dice: «todo aquello era  
mentira.»

Cualquiera que llegue aquí mirará con desden  
todo lo que llevo escrito y encogiéndose de hom-  
bros y alargando el labio inferior y entornando los  
ojos, dirá: «Una niña y una mariposa. ¡Vaya un  
par de personajes para enseñarnos el mundo!»

Ese cualquiera tiene razon.

Llamemos á esa vieja incansable que todo lo  
averigua y todo lo sabe, y cuyo nombre es unas  
veces sabiduría de los hombres y otras ciencia  
humana.

Aquí está.

—¿Qué sabes tú?

—Si me preguntais por lo que quiero saber,  
os diré que todo; si me preguntais por lo que sé  
os contestaré que nada.

Hay que creerla porque así solo puede hablar  
la sabiduría.

¿Qué es lo que la ciencia sabe comparado con  
lo que ignora.

Sabe que la vida empieza por un misterio y  
acaba por un misterio, que se encuentra encerrada  
en el estrecho paréntesis de dos oscuridades.

La ciencia sabe lo que le seria imposible igno-  
rar; no posee el principio de nada, ni el fin de na-  
da; es una vieja que se entretiene tambien en cojer  
mariposas.



Es una luz que no sirve mas que para mostrar claramente la espesa oscuridad que la rodea.

Digámoslo de una vez: no hay mas horizontes que los del cielo.

Ahora llamemos á la puerta y entremos en el festin: la puerta es la vida y el festin es el mundo.

—¿Entramos?

—Esperad: es un gran mundo que encierra muchas curiosidades, que guarda muchas riquezas, que oculta muchos secretos, y vosotras, pobres criaturas, os perderíais en él. Vosotras no sabeis que aquí se pierde todo. Echad una ojeada desde el umbral, y otro día pasaremos adelante.

#### IV.

Cada uno lleva un mundo en su corazon, lo mismo el jóven que el viejo; y este mundo es unas veces «mañana» y otras veces «ayer.»

Hay un momento en que se dobla la vida como una esquina, y entonces dejamos la calle de las esperanzas y tomamos la calle de los recuerdos.

Es decir, que la vida se acaba antes que el hombre; así que consumimos la última esperanza volvemos atrás, solamente que desandamos el camino por la otra calle.

Eche cada uno la sonda de su curiosidad en el profundo mar de sí mismo y se encontrará con un abismo que no tiene medida.

Y, sin embargo, el hombre es una casa tan estrecha que apenas cabe dentro de sí; la vida exterior es tan espaciosa, tan rica, tan bella, que no hay mas remedio que echarse á la calle ó pasar el día asomados á los balcones de nuestros ojos.

El mundo se tiende á nuestros pies como un esclavo, y se abre á nuestras miradas como un panorama interminable; sus atractivos nos deslumbran y su loca alegría nos arrastra.

¿Habeis visto un diamante? pues bien, detrás de las aguas de luz con que se viste, no hay mas que un poco de tierra cocida.

La luciérnaga es una luz pálida y limpia, detrás de la que se oculta siempre un gusano.

Vosotras, bellas criaturas que pasais la vida asomadas á la ventana de vuestros encantos; que todo lo mirais desde la altura de vuestros adornos; que ahogais sobre las alfombras el ruido de vuestros pasos, como si quisiérais ocultarle al tiempo que vais andando por la vida; que teneis por templo el tocador, por altar un espejo, por divinidad vuestra propia hermosura; vosotras sabeis lo que es el mundo.

No sois la perla escondida; sois la perla engastada.

No hay una escalera suntuosa que no lleve hasta vuestros pies su último peldaño y os diga: «Subid;» no hay una joyería que no salga al paso de vuestras miradas y no os diga: «Tomad;» no hay aparador que no se cubra diariamente con todos los caprichos de la moda para deciros al pasar: «Todo esto es vuestro.»

Pasais por la tierra dejando un rastro de perlas, de encajes y de seda.

Parece que los vínculos que os unen á la vida no son mas que esos lazos con que trenzais vuestros cabellos, ceñís vuestras cinturas ó sujetais los abundantes pliegues de vuestros vestidos.

Teneis la dulce palidez de vuestros semblantes encerrada en un vaso de cristal ó de china primorosamente fabricado, y guardais el suave carmin con que el pudor tiñe las mejillas de vuestra juventud interminable en el fondo perfumado de un precioso tarro de porcelana.

Todo lo sabeis: sabeis mirar; sabeis sonreír, sabeis brillar.

Vivís prendidas á la vida como un adorno.

Si la inocencia fuera de encaje, la modestia de

raso, la honestidad de oro y la virtud de brillantes, seriais un verdadero tesoro de inocencia, de modestia, de honestidad y de virtud.

Vosotras habeis ensanchado interminablemente los horizontes de la vida rodeándoos de espejos; al fin del camino que seguíis está siempre vuestra imágen, teneis constantemente delante de los ojos una bella perspectiva: vosotras mismas.

Vuestra propia hermosura os sale continuamente al paso para sonreiros con toda la gracia de la vanidad satisfecha.

Os conocéis con esa seguridad que da el trato íntimo y continuo; sabeis perfectamente qué color anima mas vuestros semblantes, qué rizo se destaca mejor sobre el alabastro de vuestras frentes, qué adorno es el que dobla la gracia de vuestras movibles cabezas y hace mas brillantes vuestros cabellos castaños, negros ó rubios.

Sabeis cuál es la sonrisa mas graciosa, la mirada mas interesante, el ademán mas distinguido.

Poseeis el gran secreto del mundo; teneis la gran intuición de una gran filosofía; sabeis lo que os conviene descubrir y lo que os conviene ocultar.

Sumais vuestros encantos como un avaro sus monedas; tapais vuestras imperfecciones como un hipócrita oculta sus vicios.

Unos dientes hermosos bastan para vuestra alegría; os sonreireis hasta con las lágrimas en los ojos; y si la tristeza os herosea sereis capaces de estar eternamente tristes.

Aplicais el llanto y la risa á vuestra belleza como dos cosméticos encargados especialmente de realzar vuestra hermosura.

Vuestras madres temen, vuestros esposos desconfían, vuestros hijos dudan.

Habeis hecho de vosotras mismas un peligro constante á vuestra honestidad, un escollo continuo á vuestra virtud, y un recelo permanente para los que os estiman, para los que os respetan, para los que os aman.

Marchais delante como los estandartes de esta procesion majestuosa; la turba os empuja y os admira, la murmuración, os sigue, la envidia, os espía, y la lisonja os muerde.

Cruzais las calles y la multitud os abre paso; todos los ojos os miran y todas las bocas os insultan; dejais en pos de vuestro paso un murmullo de equívocos, una nube de insolentes miradas: las flores que os arrojan al semblante llevan siempre una espina que va derecha á clavarse en vuestro decoro.

Vosotras no lo advertireis, pero cada requiebro es un desprecio: gozais en que os humillen; si os admiran, ¿qué importa que os insulten?

Hay mujeres que van por la calle con la cabeza alta, la mirada serena y el aire ufano, que dicen á todo el que se encuentran: «por aquí van mis vicios.»

Hay otras que atraviesan las calles con la cabeza erguida, la mirada desdeñosa y el aire satisfecho, que van diciendo: «por aquí voy yo.»

Vosotras no sois las primeras, pero ¡qué fácilmente podeis llegar á serlo!

¿Y qué sois? Una mentira engalanada con los adornos de la verdad; una triste alegría, un sofisma como el de la belleza, una paradoja como la del placer, un brillo como el de la ciencia, una ilusión como la del dinero: pura perspectiva.

Sois la percha donde el lujo cuelga sus fugitivas invenciones, el aparador donde el comerciante muestra sus telas, joyeros donde Pizzala espone sus alhajas.

Vuestras cabezas son los moldes de vuestros peluqueros, vuestros talles el patron de vuestras

modistas, búcaros donde los floristas muestran al público los frios artificios de sus rosas de linón, de sus claveles de terciopelo, de sus hojas de tafetan, de sus ramos de seda y alambre.

¿Qué sois? Vasos de barro frágil desde donde el perfumista anuncia al público que aspira vuestra belleza, las mas delicadas combinaciones de sus esquisitas esencias.

Sois el lujo; esto es, la gran mentira de la civilización, la gran miseria de nuestros tiempos.

No sois hijas, no sois esposas, no sois madres; no sois mas que bellas, jóvenes y elegantes.

Pensais en el aderezo de ayer, soñais con el vestido de mañana.

El reloj de jaspe y de oro que late apresuradamente sobre el mármol de la chimenea de vuestro tocador, como si le faltara tiempo para vivir, os está gritando á cada momento: «Al teatro, al baile, al coche, al salón.»

El amor es la gran pasión de vuestra alma: ese amor íntimo, profundo, que nos encadena á nosotros mismos, que dura toda la vida: el amor propio.

¿Qué buscáis en la sociedad? La admiración. ¿Qué encontrais en la familia? ¡Ah! los hijos molestan, los maridos fastidian, las madres ya son antiguas.

Teneis pudor, cierto; ese pudor que os hace ocultar todo lo que os afea.

Oid un cuento histórico.

Alrededor de la mesa de un café discutian varios jóvenes acerca de la hermosura de una dama famosa.

Cada uno esponia á la admiración de los demás el encanto que mas habia herido su deseo en el bello conjunto de aquella hermosa criatura.

Sobre el mármol frio de aquella mesa, se estaba haciendo la ardiente autopsia de una mujer encantadora.

El entusiasmo iba creciendo como las aguas de una inundación.

La mujer que lea estos renglones, experimentará probablemente cierta envidia al ver que no es ella el objeto de tanta admiración.

Entre los circunstantes, habia un jóven recién venido de provincia que escuchaba con indiferencia aquella ruidosa tempestad de alabanzas. Otro sorprendido de aquel silencio, le dijo:

—¿Usted no sabe de quién se trata?

—Sí lo sé, le contestó.

—¿Pero V. la conoce?

—La he visto una vez.

—¿Dónde?

—En el teatro.

—¿Y no le parece una mujer verdaderamente admirable?

—Segun, le contestó, desnuda no me gusta.

Admirable mujer esa: estaba dispensada de todo pudor, porque no tenia ninguna imperfección que tapar.

La que despues de leer estos renglones sienta en su alma la pena de no ser el objeto encantador de tantas alabanzas, hagámosle justicia asegurando que debia serlo.

Vosotras teneis tambien profundos dolores: la primera cana y la primera arruga os cuesta muchas tristezas.

Las demás penas de la vida las llorais con lágrimas de oro.

Sobre el cadáver de vuestro hermano, de vuestro padre ó de vuestro hijo, echais el suntuoso llanto de un magnífico entierro y enjugais vuestras lágrimas con el soberbio sudario en que habeis envolver sus restos.



¡Qué dolor tan elegante! ¡Qué pena de tan buen gusto! Y si el luto os cae bien ¡qué consuelo!

Morís, preciso es confesarlo, como las flores, dejando en pos de vuestro camino un mundo de hojas marchitas: vuestro guarda-ropa esparcido sobre la tierra.

Dejais el recuerdo de vuestros ricos vestidos, la memoria de vuestras últimas joyas, la imagen vaporosa de vuestra esquisita elegancia.

Este es el mundo.

Vosotras lo habeis encerrado en el estrecho recinto de cuatro tablas: llamais *mundo*, con perfecta exactitud, á ese inmenso baul que llevais siempre á la espalda en vuestra brillante peregrinacion sobre la tierra. Dentro llevais vuestro corazon.

Abrámosle.

—¿Qué hay en él?

—Todo: seda, oro, diamantes.

—Nada: cuatro adornos, cuatro piedras y cuatro trapos.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—¿Y ese es el mundo?

—Ese.

Al llegar aquí tirais el libro con enfado diciendo: «Todo eso es mentira.» Es decir, que sois así sin saberlo ó sois así sin quererlo ser.

Sois muy hermosas y no quereis creer en la exactitud del espejo que os retrata tan feos. Esto es natural.

¡Con qué ceñuda admiracion preguntareis!

—¡Ese es el mundo!

Todos os dirán:

—No.

Dentro de vosotras hay una voz que no quiere engañaros: preguntádselo con sigilo y ella os dirá en confianza.

—Sí, ese es el mundo.

J. SELGAS.

### ISBEL.

En la gótica capilla  
Del antiguo monasterio,  
En una mano el salterio  
Y la otra en la mejilla,

Héla allí puesta de hinojos  
Ante el Redentor del mundo,  
Vertiendo sus lindos ojos,  
Llanto de dolor profundo.

Héla allí descolorida,  
Como azucena esplendente,  
De su tallo desprendida  
Por el ábrego inclemente.

El volcan de llama activa  
Que hierve dentro su pecho,  
Su intenso furor aviva  
En aquel recinto estrecho.

Mas la compresion lo irrita  
Es ya terrible su amago;  
Y en Isbel, mi flor bendita,  
Mortal ha de ser su estrago.

Ya no hay carmin en tus labios,  
Ni rosas en tus mejillas:  
Al rigor de tus agravios  
El fresco esplendor humillas.

Al desplegar iracundo  
El fiero aguillon sus alas,  
Perdidas en cieno inundo  
Llora tierna flor sus galas.

Tú lloras de la ambicion,  
Bajo la furia inhumana,

Perdido en edad temprana  
El cielo de tu ilusion.

A pesar que el llanto impío  
Grabó en su faz honda huella,  
Nunca al pensamiento mio,  
Isbel se mostró mas bella.

Blanca flor tan perseguida,  
¡Maldita fué tu belleza  
Que así emponzoñó tu herida!  
¡Maldita tu gentileza!

¡Maldito fué tu talento,  
Que dando á tu sér decoro,  
Prefieres con noble aliento  
A rendirte ante un tesoro  
Encerrarte en un convento.

Quien tus gracias peregrinas  
En ese claustro sepulta,  
Blanca azucena que oculta  
Su rica pompa entre espinas,  
Al mundo y á Dios insulta.

Quien tus martirios acrece  
Con bárbara tiranía,  
Quien contra tí se enfurece,  
¡Mártir de amor! bien merece  
Tu execracion y la mia.

Quien contra tí despiadado,  
Por loca ambicion rendido,  
Tanto mal ha meditado,  
Nunca, Isbel, haberte amado  
De corazon ha podido.

Y la letal amargura  
Que te comprime, ¡inocente!  
¿Piensas calmar, por ventura,  
Mandando el Omnipotente  
La oracion de mas ternura?

¿Qué te sirve, blanca flor,  
Pedir alivio á tus penas,  
Así postrada al Señor,  
Si llevas dentro las venas  
El tósigo abrasador?

¿Qué te sirve en tu oracion  
Hacer mil protestas varias,  
Si al latir el corazon  
Enmudecen tus plegarias,  
Y habla tu loca pasion?

Si de mis hondos pesares  
La amarga historia recuerdas,  
Te olvidas de los altares,  
Creyendo escuchar las cuerdas  
De mis sentidos cantares.

Y ese volcan encendido,  
Si algunos instantes duerme,  
Revienta mas atrevido,  
Sacude el estado inerme,  
Y te abrasa enfurecido.

Ayer las horas amenas  
Que plácida discurrias,  
Para mí fueron serenas;  
Hoy, Isbel, tus hondas penas,  
Son, Isbel, las penas mías.

Y desterrado del centro  
De mi amor, sin rumbo giro,  
En inviolable retiro  
Para mi desgracia encuentro  
A la flor por quien suspiro.

Si vieras qué solitario  
Aquí escucho tus lamentos  
En este mismo santuario,  
Dejáras pronto el rosario  
Para escuchar mis acentos,

El fuego mal reprimido  
Que en ese corazon arde,  
El frágil dique vencido,

Mostrando soberbio alarde,  
Brotará mas encendido.

El etna del corazon  
No lo apagan los suplicios;  
Y frágiles diques son  
El ayuno y los cilicios  
El convento y la oracion.

No quiero turbar la calma,  
Si puede haberla en tu pecho,  
Con tanto llorar deshecho;  
Si puede quietud el alma  
Tener en asilo estrecho.

¡Adios, tesoro perdido!  
¡Hágate feliz mi ausencia!  
¡Puedas ver siempre dormido  
Ese volcan atrevido  
Que amenaza tu existencia!

Yo en regiones apartadas  
Lloraré mi desventura;  
¡Adios, glorias eclipsadas,  
Ilusiones encantadas,  
Sueños de inocencia pura!

Y tu pasion desgraciada,  
En hora infeliz nacida,  
Caiga, Isbel, aniquilada,  
Y vuelva á tu regalada  
Antes, hechicera vida.

Caiga la funesta historia  
Al hondo mar del olvido:  
No desgarré mi memoria  
Más tu pecho dolorido:  
Torna, Isbel, torna á tu gloria.

Y la hiel de mis lamentos  
Que yo devoraré á solas,  
No acibare tus contentos:  
A las playas españolas  
No llegarán mis tormentos.

Que parto á suelo lejano  
A distraer los rigores  
De mi destino inhumano:  
Recordaré siempre ufano  
La historia de mis amores,

¡Tortolilla infeliz! ¡Lirio temprano!  
¡Marchito al soplo de aquilon sañado!  
El mar inmenso es vallador liviano,  
Y á tu noble pasion débil escudo.  
¡Adios, mi vida, adios! Ya que insolente  
Así lo ordena la ambicion maldita,  
A su impulso feroz llevo en mi frente  
La señal de los réprobos escrita.  
¡Adios, Isbel, adios! ¡Adios mi cielo!  
¡Bellísima ilusion desvanecida!  
Sin tí, perdido eden, en cualquier suelo,  
Vida de maldicion, será mi vida....

EVARISTO FOMBONA.

Caracas, 1843.

### LA MANO IZQUIERDA.

Cualquiera que lea la Biblia verá que en el Génesis, al ocuparse de la creacion del mundo, cada vez que habla de la tierra ó los cielos, añade al versículo: que se ocupa de la maravilla creada otro versículo que dice: *Et vidit quod esset bonum*.

Y vió que era bueno, es decir, selecto, acabado, magnífico, sin tacha, sin mal, sin pero, ni maca, ni dificultad, ni arrequibe.

Creó los cielos, la tierra, las aves, las serpientes, las flores, los mares y todo lo creado.

Y descansó el sétimo dia.





BOMBARDEO DEL CALLAO.



Y luego creó al hombre.

Segun los teólogos, perfeccion de la perfeccion; segun los filósofos, un mundo en pequeño; segun la misma Biblia, imágen y semejanza de Dios, fac-simile del Creador.

Esto se ha dicho, y estos, sin embargo, no es verdad.

Nosotros, á fuer de creyentes sinceros, lo creemos todo; pero nos encontramos con el uso constante, con la costumbre, con la práctica, con el alto vulgo, y el vulgo bajo que lo niegan, y aunque sus razones tengan, no las dan, apelando para sancionar tamaña necesidad al *porque sí* eterno con que se sancionan tantas razones de pié de banco, propaladas por tanta alma de cántaro que por todas partes pululan, y que á veces ha hecho decir cosas tan deliciosas, al ocuparse de los tontos, á nuestro querido y respetado amigo D. Miguel de los Santos Alvarez.

Sí, lector caro, el hombre no es un sér perfectamente hecho y magníficamente acabado.

¿Sabes por qué?

Horrorízate: porque tiene dos brazos y dos manos.

Uno y una buenos, acabados, perfectos.

Otra y otro, defectuosos y anatematizados.

El brazo derecho y la mano derecha son nobles.

La mano izquierda y el brazo izquierdo, casi casi innobles.

Viene el niño al mundo, y lo primero que procura la madre, es quitarle de la manita izquierda la cuchara de la papilla, si por casualidad se descuida un día y el angelito la maneja con soltura.

Crece la criatura, y si quiere hacer uso de su mano izquierda, le dicen el padre ó la madre, la criada ó el pariente, con gran autoridad:—«Eso no se hace.»

El pequeño se queda en bábia, no dándose, como no se da, la razon de la tiranía de una mano sobre otra.

Poco á poco ve que todo el mundo declara abolida la izquierda en favor de la derecha.

Con la mano derecha se santigua el cristiano.

Con la mano derecha se toma agua bendita.

Con la mano derecha se bendice.

Con la misma se maneja el arma blanca y algunas negras.

Con ella se propinan los puñetazos.

A ningún amigo se le da la izquierda.

El libro se maneja con la derecha.

El discurso que se lee se tiene en la derecha.

Con los dedos de la misma se toma la pluma y se escribe.

Con el puño derecho hiere el contrito pecador su pecho.



Puerta principal de Constantinopla.

Con la propia mano se dirige la izquierda. El monopolio de un lado del cuerpo anula al otro.

¿Por qué?

Porque sí.

No importa que sean iguales ambas manos; no importa que ambas se puedan educar.

No importa que ambas consten de los mismos huesos, de las mismas falanges, de igual número de tendones, de idénticos vasos, de semejantes nervios.

No importa que en las dos haya uñas y epidermis y dermis.

La mano izquierda es la mano izquierda.

Está escomulgada por la gente que dice que todo lo entiende; se la distingue con sinónimos que se tienen por degradantes.

Se la llama, además de mano izquierda:

Mano zurda;

Mano zocata;

Mano siniestra;

Mano mala;

Mano zoca;

Y otra porcion de acepciones, segun los pueblos y las tradiciones, y la estupidez que cada uno quiere propinarse gratuitamente.

De aquí que se ceda la derecha como una honra en paseo y en actos públicos al individuo mas caracterizado.

La mano derecha lo absorbe todo, lo abarca todo, lo consume todo, todo lo monopoliza.

Es la mano de la gimnasia, es la mano de las evoluciones.

La mano que mas luce el guante.

La mano del mimo.

La mano manita.

La mano que indica, que señala puesto.

La mano izquierda es la mano zahori, la mano necia, la mano esclava, la mano tímida, la mano tonta, la mano manaza.

Ser derecho es una gran cosa.

Ser diestro una obligación.

Ser ambidiestro es una gitanada, es una necedad, es una paradoja ridícula, es una señal de mala educacion, es una aberracion anti-civil y anti-culta.

Respetando lo que las buenas gentes respetan.

Doblando la rodilla ante la autoridad de los desautorizados, nos permitimos las siguientes preguntas:

Hombres del derecho, que no deseais ser izquierda, ¿y si un día perdéis la mano derecha?

¿Y si un día la parálisis os ataca?

¿Y si la gangrena se ceba en la mano derecha?

¿Y si en la caza, la escopeta revienta, y la mano amada perece?

¿Y si la máquina la hace una tortilla?

¿Qué le pasará al pobre manco entonces?

Entonces la izquierda no podrá ser derecha.

Entonces tambien, el que perdió la derecha, quisiera haber educado la izquierda.

Pero entonces ya no será tiempo.

Y entonces tambien clamará con nosotros, diciendo: ¿hay dicha comparable á la dicha de ser ambidiestro?

¿Hay necedad mas necia que lo neciamente dispuesto por los sublimes archi-necios, que han querido hacer de ambas manos dos enemigos capitales?

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

## EL CALLAO.

Esta poblacion, cuyo bombardeo y destruccion acaba de proporcionar un nuevo timbre de gloria á la marina española y al digno jefe de nuestra escuadra en el Pacífico, el Sr. Mendez Nuñez, era uno de los puertos principales del Perú, defendido por los fuertes Independencia, Sol y Santa Rosa, llamados antes de 1821 Real Felipe, San Miguel y San Rafael, y guarnecidos con unas 200 piezas de artillería. Consiste en una rada grande, á cuyo extremo S. se halla la isla estéril de San Lorenzo, de seis millas de circunferencia, la cual forma el abrigo del puerto por aquel rumbo: es la primera plaza marítima de la república, donde se hace mucho comercio con toda la América meridional y con Europa, recalando en él la mayor parte de las embarcaciones que navegan por aquellas aguas. El inglés Clert en el año 1624 la tuvo sitiada por espacio de cinco meses, en cuyo sitio murió sin haberla podido tomar: tuvo título de ciudad el año 1671, y el 5 de Noviembre de 1820 la rada del Callao fue el teatro de un combate naval entre los españoles y los independientes de Chile.



## TRES FASES.

Ves, niña hechicera,  
La flor en capullo  
Que crece al arrullo  
Del manso raudal.  
Como ella es la infancia  
Que tierna suspira,  
Y un aura respira  
De amor maternal.

Los pétalos abre  
Al sol diligente,  
Y exhala al ambiente  
Su aroma, la flor.

Entonces revela  
La edad mas florida  
Que brinda á la vida  
Placeres y amor.

Mas tarde las miras  
Marchita cual yace,  
Y el viento deshace  
Su ajada beldad.

Así del anciano  
Que triste camina,  
La tumba termina  
Su mísera edad.

La vida en las flores  
Tres fases ostenta,  
Y el hombre presenta  
Tres fases tambien.

Vivimos un dia,  
Y cuando oscurece,  
El alma adormece  
Y vuela al Eden.

Tal es el destino,  
¡Oh niña hechicera!  
De nuestra carrera,  
De nuestro vivir,  
En vano afanosos  
Buscamos placeres:  
¡De todos los séres,  
El fin es morir!

ENRIQUE DE VILLARROYA.

## AMOR DE PADRE, LO DEMAS ES AIRE.

Recorriendo años atrás uno de los cementerios de esta corte, fuíme acercando poco á poco á un grupo de tres personas que, al parecer, lo visitaban, como yo, por simple curiosidad, pero de una manera menos respetuosa, puesto que celebraban con grande algazara algo que sin duda seria altamente cómico, para producir tan locos escosos de jovialidad en un sitio destinado al dolor y al recogimiento.

Formaban el grupo una señora como de cuarenta años de edad, un joven de veinte escasos, y una señorita ya casadera y de incomparable hermosura, pero de una hermosura fria, que nada hablaba al corazon ni á los sentidos, que ni siquiera tenia la elocuencia de las estatuas. Sus nombres, que la casualidad me fue dando á conocer, eran respectivamente doña Eugenia, Carlos y Rosario.

Detrás de ellos, á corta distancia, sentado en el suelo, en mangas de camisa, con una raída gorra de visera, pantalon muy remendado, y enseñando

los dedos de los pies por los restos inservibles de unas botas, estaba el Sr. Andrés (en cuyo rostro se veía el dolor de un mártir, juntamente con la resignacion de un santo), ocupado en limpiar varios objetos de ese género especial de que el vulgo de los padres, y el que no es vulgo tambien, suele atestar el hueco que, en los nichos de los párvulos, media entre la lápida y el cristal del marco, y son generalmente perritos, muñecas, floreros, cunas, espejos, canastillos; en una palabra, lo escogido de los juguetes que aquellos amaban. ¿Quién arrancará del corazon de un padre, y menos aun del de una madre, la idea, ó mejor dicho, la preocupacion vaga, confusa, pero tenaz, de que aquello ha de servir todavía para algo, y de que la muerte fisica no es completa, no puede serlo, no lo es; ó de otro modo, que el cuerpo no muere, así como no muere el alma? Al depositar las madres en el sitio donde reposan las cenizas de sus hijos, los objetos de su preferencia y cariño, una voz secreta les advierte sin duda que sí, que los necesitan, que les hacen falta para jugar en la tumba. En algunos pueblos gentiles se enterraba con los cadáveres pan y agua, para que se alimentasen durante la travesía de este mundo al otro, y monedas para pagar al cruel Caronte su pasaje por la laguna Estigia.

Conociase que el Sr. Andrés ponía sus cinco sentidos en la operacion de la limpieza, en que, además de rodarle por las mejillas gruesas gotas de sudor, dejando en su piel una blanca huella, al tomar aire tiraba por la respiracion; produciendo esta el sonido fatigoso particular que se nota en los asmáticos, análogo al soplo de ciertas aves nocturnas, como la zumaya ó bruja.

El color de su rostro, lleno de tiznes, y la musculatura ciclópea de sus brazos, negros tambien, indicaban claramente el oficio del Sr. Andrés, acreditado herrero, que, á consecuencia de una serie no interrumpida de enfermedades y desgracias domésticas de diverso género, habia vendido ya hasta las herramientas, hasta los clavos para colgarlas; viéndose, por último, en el sensible caso de trabajar de oficial, permitiéndoselo su salud, y esto cuando habia un herrero que se acordase de su miseria para aliviarla, explotándole sin misericordia, y de su habilidad para aprovecharse de ella.

—¿Y qué me decís de este esperpento? exclamó Carlos, tapándose media cara con un pañuelo blanco, y violentándose para no soltar la carcajada.

—Carlos, no seas loco,—respondió doña Eugenia, haciéndole señas;—mira que nos observan.

—¡Ave María purísima! Qué mamarracho, gritó Rosario, santiguándose y enjugándose dos lágrimas que, con la fuerza de la risa y del asombro, osaban romper la clausura, que de seguro no hubieran roto con tanta facilidad sentimientos de otra especie.

El Sr. Andrés interrumpió un instante su tarea y levantó la cabeza, volviendo los ojos, medio aleados, hacía el punto que era blanco de la burla y chacota de aquella gente.

—¡Já! ¡ja! ¡ja! ¡Vaya una ocurrencia!—continuó Carlos, doblando el cuerpo y apretándose con entrambas manos el abdomen.—Pues ¿no han ido á ponerles en el cielo con espuelas y botas de montar?.... ¡Qué bes.... tía.... li.... dad!

Miré al Sr. Andrés, en cuyo aspecto habia adivinado anteriormente un poema de dolor infinito, y mis sospechas se confirmaron, viéndole llorar á lágrima viva, y limpiarse, como recatándose, con un pañuelo andrajoso, que sacó del pecho aquel Hércules, insensible en apariencia, y dotado realmente de la sensibilidad mas esquisita.

Hícame el desentendido, y quise ver por mí propio la causa de la escena que contemplando estaba.

El mamarracho consistia en lo siguiente: en vez de lápida, cerraba el nicho que todos mirábamos, un cuadro de madera, pintado al óleo deplorablemente en verdad, y que desde luego revelaba en su autor una ignorancia completa de las mas simples nociones del arte. Allí no habia dibujo, ni colorido verdadero, ni luz, ni sombras, ni figuras, ni espresion en nada; allí solo habia borrones de ocre, de carmin, blancos, negros, azules, verdes, etc., combinados de la manera mas á propósito para producir el mas lastimoso conjunto. Sin embargo, fijando mucho la atencion, se descubria el intento de representar en primer término dos ángeles, el uno de corbatin y todo, asido á la cadena del fuelle de una fragua, y el otro montado en un perro, con una bandera en la mano y gorra de cuartel; y en segundo, una docena de párvulos, con bigote algunos de ellos, jugando á los soldados y á la una, andaba la mula. En la parte superior del cuadro, y tercer término, aparecía entre nubes tempestuosas, un busto, ceñida la cabeza con una montera, imitacion tal vez de la aureola ó corona, en forma de triángulo, con que los artistas suelen pintar al Padre Eterno. De la espalda de los niños, y aun de las cadenas, pues en esto no dejaba de haber cierta libertad anárquica, nacian largos apéndices blancos, que tiraban á alas: dicho se está, pues, que las tales figuras mas tenian de diabólicas que de celestes. Todos llevaban igualmente el traje completo que el pintor supuso que habian usado en la tierra, pues aquello era el cielo; y á ello aludiria Carlos, al decir lo de las espuelas y las botas de montar.

Sensible es, ciertamente, que en la silenciosa morada de los muertos haya á menudo, por distintas causas, motivo para espectáculos de mofa y diversion; pero espectáculos semejantes solo pueden producirlos personas destituidas de todo sentimiento racional. El dolor, bajo cualquiera forma que se manifieste, es siempre respetable; pero cuando se manifiesta bajo una forma tosca y grotesca, que, no obstante, dice á gritos que no ha encontrado medio mejor de espresarse, entonces, y no ofendiendo á la religion ni á las buenas costumbres, ese dolor no solo es respetable, sino sublime, y toda medida para reglamentarlo y obligarle á anunciarse de cierta manera por consideraciones puramente mundanas, seria atentatoria de los mas sagrados afectos de la naturaleza.

—¡Qué bestialidad!—repitió, balbuceando y con voz llorosa, el Sr. Andrés, convencido ya de que se burlaban del nicho de uno de sus hijos.—No diga V. eso; añadió el desconsolado padre, levantándose y dirigiéndose á Carlos.

Al ver este avanzar hacía él aquella torre de carne, aquel negro gigante, con los ojos encendidos, casi vertiendo sangre, con el pecho arqueado como una bóveda, y cubierto de bello, é igualmente los brazos, pues iba despechugado y con las mangas de la camisa regazadas, debió creer llegada su última hora, y en su consecuencia, retrocedió algunos pasos, acechando cuidadoso los movimientos del que consideraba su enemigo.

—¿Quiere V. saber lo que á la hora de esta me tiene de coste ese mamarracho?—exclamó el señor Andrés, principiando á poner en su sitio los juguetes limpios con escrupuloso esmero.—No tema V., señorito; acérquese, y quizás se arrepienta de sus palabras, que se han clavado en mi pecho como puñales.

—No hay necesidad de saberlo,—respondió el joven, mirando su reloj;—es tarde ya, y no podemos detenernos.



—Les detendré á Vds. poco; despacharé en un decir Jesus.

Mientras el Sr. Andrés acababa de arreglar el nicho, Rosario, dijo á su mamá:

—¡Figúrate qué nos importarán á nosotros las simplezas que pueda contarnos ese hombre!

—Con todo,—respondió la mamá,—hemos de oírle.

—Oigámosle,—añadió Carlos, que aun no las tenía todas consigo, y quería amansar al Sr. Andrés, condescendiendo sin más réplicas;—oigámosle, y Dios nos dé paciencia. Si me duermo, haz el favor de llamarme, Rosario.

*Sentámonos*, volvió el señor Andrés, y encendiendo un cigarro de papel, dió principio á su relato en estos términos:

«Hace diez años no hubiera cambiado yo mi suerte por la de la reina de España: tenía una salud á prueba, pan que llevar á la boca, trabajo á manta, y por remate, me vivía mi mujer (que Dios haya) y esos dos pedazos de mis entrañas, que hacen hoy.»

Y apuntó con el dedo índice de la mano derecha á los nichos marcados con los números 49 y 50.

«Ahora estoy solo con mi pena en el mundo, hecho un *méndigo*, pidiendo á su divina Magestad que me conserve esta vida miserable, tan siquiera hasta pagar lo que debo á la sacramental; pues luego, aunque arrojen mi cuerpo á la *temperie* ó á la hoya grande, poco importa. Yo bien quisiera descansar juntos á ellos, para que vieses que su padre no los abandonaba ni en vida ni en muerte; pero esto no puede ser, como yo no me vuelva dinero; á mas, ya lo conocerán ellos; ¿piensan ustedes que se le escapará al *dotor* lo que su padre rema para que él y su hermano estén á gusto como unos príncipes? Vds. dirán: ¿y quién es el *dotor*? El *dotor* era mi Juanillo, el mas chiquitín; le llamaba yo así porque tenía unos dichos, unas salidas y un aquel, que le dejaba á uno parado á lo mejor. ¡Era mucha alhaja!

—«Dígame V. buen hombre,—esclamó doña Eugenia, interrumpiendo la narración.—Si V., según manifiesta, es tan pobre, y no tiene sobre qué caerse muerto, ¿por qué no ha enterrado á los niños en el suelo, en vez de meterse en gastos así.... tan....»

—¿Qué está V. diciendo, señora?—saltó al punto el Sr. Andrés, como si le hubiera picado una víbora.—¿Por qué no los he enterrado en el suelo?.... Porque tendrían frío los pobrecitos. Ahora, en lo tocante á mí, ya es otra cosa; yo estoy curtido, á mí el frío no me pasa, y ya mi cuerpo conoce la dura tierra....»

Pues, como iba diciendo, Juanillo y Paco eran la alegría de la (casa que no hay alegría en casa donde no hay niños) y el remedio de todos mis males. Yo digo que sin ellos estoy como un pájaro que no puede volar; ellos eran, como si dijéramos, las alas de mi corazón. ¡Y pensar que ya no he de verlos mas! Yo, que al menor asomo de peligro, siempre les estaba *pedricando*!.... Que si uno se subía á una reja, pongo por caso, le gritaba:

—¡Abate si voy, picaron; abate si voy!

Y si esto no bastaba, les metía miedo, diciéndoles:

—*Quitaisus de hay, mirai* que va á salir un lobo y sus va á comer!

Cuando nació mi Paco, el mayor, le compré una cuna que tenía que ver, y me la puse de cintas y cosas de arriba á bajo, que me río yo de un jardín. ¡Todas las tiendas de la bajada de Santa Cruz me parecían pocas para adornarla!

En mis ratos de vagar, que entonces no eran muchos, pues trabajaba como un desesperado, todo para aquel cordero, corría á su cuna á can-

tarle y á mecerle; y estando Paquito despierto, le ponía de pie sobre mis rodillas, alzándole y bajándole, porque esto le hacía reír como un bobillo. Algunas veces su madre, nunca harta de tenerlo en brazos, quería arrebatármelo, como si solo fuese suyo, y nos disputábamos sus caricias como dos reyes se disputan una corona: aquella era una guerra civil á cada instante. ¡Pobre Mariquita! Miren Vds.: santas habrá en el cielo, pero mejores que ella. ... ¡eso sí que no!

Pues, señor, que á los dos años nos nace Juanillo....—¡Vengan hijos y vengan trabajos!—me decía yo;—habiendo *salú*, aquí está Andrés para todo.

De cuando en cuando suspendía mis faenas, poniéndome á jugar con ellos como un chiquilicuatro. Mi vecino Pericon, el *arbañil*, hombre sin entrañas, que maltrataba á los suyos tanto, que era cosa de partirsele á uno el corazón (porque hay padres de padres), solía decirme:

¿Quieres papilla, niño zangolotino? ¡Miren ustedes el monicaco!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

(Se concluirá).

## TROVAS.

### I.

Larga cadena de dolientes ayes,  
Mis recuerdos de amor formando vienen;  
Si por desgracia el pensamiento mio  
Agita un eslabon, todos se mueven.

### II.

En tu pecho el Dios Cupido  
Puso de amor una fragua;  
Mas tú, su fuego temido,  
Has apagado con agua  
De la fuente del olvido.

### III.

¡Ay! si rasgar pudiese yo las nubes  
Y el velo azul que oculta tu mansion,  
Para ver en qué coro de querubes  
Te ha colocado Dios.

MELCHOR DE PALAU.

## INSTRUCCION PRIMARIA.

### EL MAESTRO.

¡Oh! ¡qué nombre tan dulce para los que, dotados de un corazón profundamente agradecido, jamás borran de su memoria el beneficio que se les ha dispensado! ¡Qué misión tan augusta la de estos seres privilegiados á quienes una inclinación irresistible ha conducido hacia la infancia para inocular en sus tiernas inteligencias las primeras semillas del humano saber, é impresionar sus inocentes almas con las verdades que harán latir sus corazones hasta reposar sus miembros dentro el frío pavimento del sepulcro! En verdad que entre la infinita variedad de funciones que deben desempeñar los hombres entre sí para la armonía y concierto social, ninguna mas noble, ninguna de tanta importancia y trascendencia como la que desempeñan estos repúblicos ilustrados con instruir y educar á la infancia y juventud. Las generaciones humanas se van alternativamente sucediendo las unas á las otras, empujando las que hoy nacen á las que vinieron ayer á la vida, heredando por consiguiente cuanto les ha legado su ilustración ó

su ignorancia, sus vicios ó sus virtudes, sus instintos de progreso ó su marcada tendencia á retrogradar. Salta, pues, á los ojos que las sociedades rayarán á mayor ó menor altitud en su civilización y cultura, según los principios en que hayan sido instruidos y educados sus miembros; y como que las impresiones que se reciben en los primeros albores de la razón, son los que se graban mas profundamente en los ánimos, acompañando al hombre en su vida como la sombra acompaña al cuerpo, de ahí la solicitud de los que rigen los destinos de los pueblos en procurar hombres idóneos para el desempeño de tan alta y delicada misión. ¡Desventurado el pueblo que mira con indiferencia la idoneidad de los que toman á su cargo la instrucción de la juventud! El maestro es el elegido por la Providencia para disipar paulatina y prudencialmente las tinieblas que envuelven la razón infantil, tarea impropia que exige una constancia y firmeza de carácter á toda prueba, pues choca á cada paso con dificultades al parecer insuperables, y á las que se vence solo por un conocimiento profundo del estado intelectual de los infantes. Al maestro está confiada la misión de despertar los sentimientos de moralidad en los corazones de los niños; á él incumbe imprimir con caracteres indelebiles el nombre de Dios en sus almas y abrirles el libro de la revelación ante sus ojos para dirigir sus pasos por los senderos de Dios y de su augusta y veneranda religión. Los sentimientos de hidalguía y generosidad, el respeto profundo á toda autoridad legítimamente constituida, la sumisión y cortesía para con aquellos á quienes debe la vida, sentimientos son que debe el maestro infiltrar en su corazón y en su espíritu; en una palabra, al maestro toca formar del niño un hombre, y un hombre digno de sustituir á los que el peso de los años y de los negocios encorva hacia la tierra para luego pagarle su tributo. ¡Si decíamos bien, pues, con afirmar ser la misión del maestro la mas noble é importante y la de mayor trascendencia en el orden social! Ahora bien: si las generaciones nuevas se confían á maestros indiferentes ó enemigos de las verdades de nuestra santa fé, si unos profesores descreídos derramasen la ponzoña de las malas doctrinas en el alma de los jóvenes, si se introdujesen en su inteligencia principios subversivos é ideas desmoralizadoras; finalmente, si una filosofía atea les enseñase doctrinas anti-cristianas, y por lo mismo anti-sociales, ¿á qué embrutecimiento moral no estarían destinadas las generaciones nacientes? ¿Qué anarquía no amagaría á las sociedades una vez radicadas en el corazón del niño ideas tan satánicas y disolventes? Grave, muy grave es la responsabilidad moral de los maestros en el desempeño de su misión; pero grave, mucho mas grave la responsabilidad de los hombres y gobernantes, si á estos beneméritos ciudadanos no se les atiende con preferencia y no se les guarda la debida consideración. Una vez que de ellos depende la felicidad social y de la familia, bien preferente sobre todos los demás bienes humanos, justo es sea su clase tenida en alta consideración y estima, y el que se la honre y retribuya conforme exigen sus merecimientos y espinoso cargo. ¡Qué! ¿acaso no mueve á grima la indiferencia, sino es desprecio, con que se trata á estos hombres consagrados á nuestro bienestar y al de toda la república? ¿No hace levantar el pecho de indignación ver á esos buenos patricios ser el blanco de las iras y dictorios de los padres, en dadas ocasiones; porque se han atrevido á arrancar del corazón de sus hijos las malas yerbas que su incuria y abandono habia en ellos dejado crecer? Y el olvido á que se les relega las mas de las veces, ¿no revela una ingra-



titud sin igual? Nosotros no dejaremos jamás de abogar en favor de esa respetable clase que constituye la fuerza de mayor potencia para empujar á las generaciones por el sendero de los adelantos sociales; nuestra humilde voz, aunque se pierda por las hondas de la ingratitud, la levantaremos siempre en apoyo de unos hombres que tienen por objeto ilustrar los entendimientos y formar los corazones segun el orden de una bien entendida civilizacion, y haremos votos á Dios de lo íntimo del corazón para que ni uno solo de sus individuos olvide jamás los deberes que le incumben y el objeto de su nunca bien ponderada misión, á saber: ilustracion, moralidad, religiosidad. Así, y solo así, merecerán las bendiciones de los hombres, la gratitud de los discípulos y el aprecio y alta consideracion á que deben hacerles acreedores sus virtudes, su talento y abnegacion.

L. LL.

## EL MUNDO NUEVO.



### CUADROS Á LA AGUADA DE COSTUMBRES SEMI-POPULARES.

#### I.

¡Salud y fraternidad, queridas lectoras mías!... Apenas son pasados ocho dias desde la última vez que he tenido el gusto de dirigiros la palabra, y ya me teneis con mas deseos de murmurar que nunca.—Pero qué quereis.... ¡vuestra compañía me es tan grata!... Son tan halagüeñas vuestras palabras, que una vez acostumbrado á ellas me es de todo punto imposible dejarlas de escuchar. ¡Adulador!... direis vosotras al repasar estos renglones....—¿Y qué? diré yo para mis adentros; ¿por ventura creéis zaherirme con esa frase?... Pues no señor, porque basta que vuestros labios la hayan pronunciado para que, lejos de incomodarme, me cause una sensacion grata, muy grata, mas grata de lo que vosotras os podeis quizá figurar.

Y bien, queridas mías, hoy que la deliciosa estacion de primavera os brinda con sus galas á recrear vuestra vista en el delicado esmalte de las flores, y á tejeros vistosas guirnalda para lucir en los concurridos paseos de Barcelona, ¿qué mucho que nos ocupemos esclusivamente de ellos, cuando son uno de vuestros mas agradables pasatiempos?....

Sin embargo de que esta semana tenemos tela larga que cortar, fijaremos, como he dicho, nuestra atencion en los paseos, y otro dia podremos ocuparnos de otros asuntos, como del inimitable violinista Sr. Fortuny, dando despues alguno que otro violonazo por los teatros del Liceo y Santa Cruz.

#### II.

Ya rio, salto, grito, canto, lloro y me muero de alegría, solo de considerar que vamos á dar un vistazo por los paseos.

¿Y quién no se alegra de semejante cosa?...

El niño quiere ir á paseo para librarse de la escuela.

La joven, para ver á su novio.

El viejo, para estirar las piernas.

La vieja, para desvanecer el mal humor.

El pollo, para representar dignamente á Narciso.

La coqueta, para volar de flor en flor....

Todo es allí bello, magnífico, sublime, incomparable, por fuera se entiende, pues aun cuando

hay cosas que no lo son, están ó suelen estar tan escondidas como alfiler en barredura, así es que dificulto el que nadie las pudiese columbrar sin tener en su auxilio la linterna de Diógenes ó el lente de Asmodeo.

Pero ¿quién se arredra por semejante cosa?... Mire cada cual lo que le convenga, con tal de que tenga ocasion propicia, y por aquello de que «en tierra de ciegos el tuerto es rey, al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.»

No hay poblacion, por pequeña que sea, que no funde su orgullo en la frondosidad ó elegancia de sus paseos.

Las ciudades de España se disputan en ello la primacia, pero se aferran en no lavarles la cara mas que cuando Dios quiere, y de ahí que entre lo malo triunfe siempre lo peor.

En cambio, ves á Marsella y oirás decir con todo el salero de que son susceptibles nuestros vecinos, que si *Paris tuviese una Cannevière, seria un pequeño Marsella*....

Pero ¿qué importa? sigamos nuestro camino, y contentémonos con repetir nuestra popular cancion española:

Málaga tiene un castillo,  
Granada tiene su Alhambra,  
Zaragoza tiene el Ceso,  
¡Y el Ceso zaragozanas!...

#### III.

Lo que mas sorprende al viagero que por primera vez visita á Barcelona, es la magnífica perspectiva que ofrece el estenso paseo de la Rambla en un dia de fiesta, sobre todo cuando el señor corregidor encarga que le echen la consabida capita de arena para curiosearle un poco.

Escusado será meternos en detalles, que todo el mundo conoce, y por lo tanto seguiremos el curso de la gente que sigue hasta el paseo de Gracia.

¿No observas aquel grupo tan original que á cada paso se emboba mirando la cosa mas insignificante?... Pues bien; aquel vegestorio es una señora aragonesa que, en compañía de su hija, ha venido á visitar á su sobrino, que es el que ahora les sirve de Cicerone.

—¡Jesus, Jesus! ¡cuánto pozo!... Dime sobrino, ¿qué nombre le dan á esto?...

—Esto se llama la Gran plaza de Cataluña....

—¡Ave-Maria!... pues si parece un corral de vacas....

—Que quiere V., las construcciones modernas llevan en sí el sello de la originalidad; pero tia, observo que V. se cansa, y puesto que aquel banco está desocupado, bueno será que nos sentemos....

—Hablas como un oráculo, hijo mio.... la ocasion es propicia y las....

—Sin embargo, ¡hay tantos bancos vacíos!....

—Déjame en paz con los bancos y siéntate de una vez.

—Ahora verán Vds. á la señora marquesa del Tomate....

—¡Virgen María! qué vestidos y que carricoche mas lustroso. Vamos, Damian, me parece que estoy viendo un *cosmorama* de aquellos que van á las ferias de Epila.... Mira, mira, lo que viene por allí.... mal año para el diablo; cuantas *quisicosas* que lleva encima de su cuerpo!... Dime, Damian, dime, ¿de verás son de carne estas madamas?...

—Otra, ¿pues de qué se le figura á V. que son?....

—Pero si parecen de *mentiriguilla*, y el señor cura del pueblo me dijo que en Barcelona habia de todo, como en botica, y por eso á mi *naide* me hace creer que es oro todo lo que reluce; y sino mándalas hablar y entonces me convenceré....

—Ahora verán Vds. á la condesa de *Pepinillos*; esta sí, mire V. que rumbo trae....

—¡Virgen del Pilar! mira, mira, lleva mas cola que un orangutan.... ¡Jesus! vaya un modo de arrastrar seda; como se conoce que lo tiene de mas.... ¡Calla! pues ahora que reparo se le ha olvidado peinarse.... ¡qué vergüenza!.... y luego tan elegante como va.

—No lo estrañe V., tia, es el peinado de moda y tienen que acomodarse á las circunstancias....

—Malhaya las tales circunstancias que tan espeluznadas nos hacen ir.... pero dime, hijo mio, ¿quién es aquel señor tan gordo que pasa en un carri-coche?...

—¡Oh!.... aquel es un miembro de cierta sociedad de crédito que se ha hecho millonario en pocos meses....

—Entonces será persona muy diestra....

—Ya lo creo.... pregúnteselo V. á los accionistas....

—Y qué son los accionistas....

—Unos infelices como ese del gaban roto que pasa por delante.

—¡Ave-Maria! y que *chupao* está el *pobrecico*.... casi me pasan ganas de darle una limosna por Dios....

—Ahora verán Vds....

—Déjame en paz con tus vistas y vámonos para casa, porque yo me mareo viendo tales cosas que parecen hijas de Merlin.... Y luego dicen que estamos en el siglo de las luces....

—Cierto que sí; ya ve V. los consumidores del gas....

—Pero.... qué ¿hay gas en Barcelona?

—Si señora....

—Pues, hijo, alumbra tan mal, que si no me lo dices no me hubiese apercibido de ello....

Vamos, levántate y marchemos hácia casa, pues ya estoy cansada de ver tantas cosas y si espero un momento mas tendrán que llevarme á la de Orates....

Y diciendo y haciendo toman el camino de su casa, tan satisfechos como si hubiesen mirado por cristal las vistas del Mundo nuevo.

O. DE RATO HEVIA.

### LA COMPAÑÍA ITALIANA EN ALICANTE.

Testigos presenciales de los triunfos que han obtenido todos los artistas en el teatro de Alicante, sentimos no tener espacio para copiar cuanto en su obsequio han dicho los periódicos de aquella localidad.

La Sra. Spezzia y el Sr. Aldighieri han alcanzado una ovacion mas en la segunda representacion de *Giustilla* y *El Trovador*, los nutridos aplausos y plácemes se repetian con inusitada frecuencia, y la complacencia del público se reflejaba en sus semblantes al terminar la representacion.

Multitud de flores y palomas fueron arrojadas al palco escénico.

El Sr. Ruiz ha sido tambien perfectamente recibido del público por su maestría en la direccion de la orquesta.

Damos á todos nuestra mas cumplida enhorabuena por sus nuevos triunfos, de los que vemos con satisfaccion se han ocupado todos los periódicos españoles y extranjeros.

G. F.

PROPIETARIO: D. G. F.

Editor responsable: *Pedro Mesonero*.Imprenta de *El Avisador*, á cargo de J. Peidró.